

 HARLEQUIN™

Julia™

CHARLOTTE LAMB
Lejos de casa



CHARLOTTE LAMB

Lejos de casa



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 1998 Charlotte Lamb
© 2022 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Lejos de casa, n.º 1090- febrero 2022
Título original: The Yuletide Child
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Julia y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.:978-84-1105-566-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo 1

UNA vez que se levantó el telón y empezó la música Dylan perdió la noción de todo lo que había fuera del círculo de luz encantado en el que se movían Michael y ella, con sus cuerpos en completa armonía, moviéndose sinuosamente, como serpientes, entrelazándose, miembro contra miembro, deslizándose uno contra otro en erótica invitación, separándose de repente, girando en direcciones opuestas, saltando tan alto que el público se quedaba con la boca abierta sin dar crédito.

Pero Dylan no veía nada excepto a Michael y a su propia sombra volando sobre el telón de fondo blanco y el suelo de madera blanca bajo sus pies, hasta que sus cuerpos volvían a unirse, contorsionándose en un abrazo, acariciándose, implorando, resbalando hasta el suelo y uniéndose allí, para levantarse y volver a caer una y otra vez, temblando en un éxtasis sobrecogedor.

Se podía haber oído el ruido de un alfiler cayendo al suelo entre el público. Era lo mismo cada noche. Los espectadores se quedaban petrificados, casi sin respiración, sin moverse, hasta el instante final cuando los dos jóvenes amantes caían en completo reposo.

Hasta que no salían a saludar ante el estruendo de aplausos, ella no empezaba a salir del hipnótico trance que siempre experimentaba con *Ejercicios para Amantes*.

Con el sudor empapando su cuerpo, estremeciéndose y jadeando, temblando y exhausta, con Michael tomándole la mano, sosteniéndola, miraba al público por primera vez, inclinándose y agachando la cabeza en reconocimiento a la respuesta de la audiencia.

Normalmente nunca se fijaba en nadie, pero esa noche su mirada se detuvo de golpe mientras recorría las filas de rostros. Miró los oscuros ojos en una especie de shock.

Estaba sentado en la primera fila del patio de butacas, y su mirada era intensa y abrasadora, su cara pálida en las sombras y el cabello negro como la noche. Como el Príncipe de las Tinieblas. Eso era lo que parecía: una criatura de la noche, un alma perdida.

Nunca lo había visto antes, pero sintió como si ya lo conociese, como si hubiese rondado sus sueños toda la vida.

Michael sintió su estremecimiento y la miró rápidamente de reojo. Volviéndose hacia ella, se llevó su mano a los labios, inclinando su ágil cuerpo ante ella en un gesto de adoración.

—¿Qué ocurre? —le susurró.

—Nada —mintió ella—. He visto un fantasma.

Llegaron las flores, como siempre ocurría en ese momento, ramos envueltos en celofán de los fans. Ella y Michael los aceptaban elegantemente, colocándoselos en los brazos, lanzando besos al público y sonriendo. Era un ritual, parte de la actuación.

Esa noche era diferente, sin embargo. Esa noche no podía dejar de mirar a la primera fila, de contemplar esos ojos, sintiendo el palpitar de su corazón hasta que todo su cuerpo se convirtió en un apasionado latido.

«¿Qué me ocurre?», se preguntó mientras Michael la conducía hacia bastidores, acompañados del estruendo de aplausos. Pasaron sonriendo entre los empleados del teatro que les aplaudían suavemente.

—Habéis estado estupendos esta noche —dijo uno de los tramoyistas.

—Gracias —respondió ella, vagamente.

—Precioso —les dijo el director—. Cada vez lo hacéis mejor.

Por fin escaparon al silencioso y estrecho pasillo que llevaba a los camerinos. Sólo entonces ella empezó a bajar de las alturas en las que habían bailado.

Entrando en la pequeña cabina cuadrada, pintada de blanco con su nombre en la puerta, Dylan se sentó en el taburete delante del espejo con la mirada perdida en su reflejo: un rostro pintado de blanco, el rostro de un icono, no de un ser humano, un maquillaje creado para su personaje por un artista.

Unas gotas de sudor asomaban por la máscara blanca, su boca roja temblaba, y bajo las espesas cejas delineadas en sus ojos azules destacaban las brillantes pupilas dilatadas.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? —preguntó Michael desde la puerta con el ceño fruncido—. No estarás enferma, ¿verdad?

Ella nunca podía hablar después de una actuación. Sacudió la cabeza, forzando una sonrisa.

—¿Seguro?

Ella asintió con la cabeza.

—De acuerdo, entonces te veo dentro de veinte minutos —dijo Michael, observándola con sus ojos grises.

La cuidaba como si fuese una niña, pero por el momento lo dejó pasar, y cerró la puerta.

Ella cerró los ojos y se quedó ahí sentada, respirando. El alivio de estar sola era maravilloso. Bailar a la luz de un foco ante la mirada de cientos de ojos era muy duro para ella, a pesar de que llevaba años haciéndolo. Por eso tardaba un poco en aflojar la tensión.

Lentamente empezó a quitarse el maquillaje; no tenía ayudante; no lo necesitaba. Su traje era una simple malla ajustada de color carne que la cubría de pies a cabeza.

Visto desde el auditorio parecía que bailaba desnuda, que era exactamente lo que Michael quería que pareciese.

Dylan se quitó la malla, entró en el cuarto de baño y se dio una relajante ducha, tomándose su tiempo, se secó y se puso unas braguitas y un sujetador blanco a juego.

El baile le absorbía la energía; después siempre se sentía consumida y exhausta. Pero esa noche era peor de lo normal.

A causa de esos ojos. Volvió a verlos: primitivos, inquietantes, los ojos brillantes de un lobo en el bosque, acechando antes de saltar sobre su presa.

«¡Oh, deja de ser melodramática!», se dijo, riéndose de su imaginación mientras salía a la cabina. No era más que un fan. ¿Y no era eso lo que Michael quería? ¿Que el público se fijase en su baile con intensa atención?

Michael era un brillante coreógrafo y *Ejercicios para Amantes* era su mejor creación hasta el momento. Tenía suerte de haberlo conocido en la escuela de ballet y de haber sido su pareja desde entonces. El público pensaba en ellos juntos...Adams y Carossi....nadie hablaba de uno sin el otro. Dylan era una bailarina, simplemente, no tenía otra ambición, pero Michael Carossi siempre había soñado en convertirse en el mejor coreógrafo del mundo.

Su coreografía era intensamente física. Todos los días tenían que ensayar durante horas para mantener sus cuerpos ágiles y flexibles para su actuación de la noche.

La puerta que daba al pasillo no estaba cerrada con pestillo. Allí era una norma llamar antes de entrar, así que Dylan nunca se molestaba en cerrar la puerta antes de desvestirse.

Al oír que la puerta se abría, gritó:

—¡Me estoy vistiendo!

Miró al espejo y sintió que el corazón se le salía del pecho.

Él estaba en el umbral de la puerta, atravesándola con su oscura mirada, deslizándose por su cuerpo semidesnudo,

dejándole una estela de calor por donde pasaba.

—¿No ha oído que he dicho que estaba vistiéndome? — preguntó ella entrecortadamente.

—No, lo siento.

La puerta volvió a cerrarse.

Dylan se sintió contrariada al ver que le temblaban las manos mientras se metía por la cabeza una vaporosa combinación blanca, colocándose los delicados tirantes sobre la cremosa piel y ajustándose el encaje en los pechos. Encima se puso un fino vestido amarillo largo, ajustado en la cintura y bastante escotado.

Se secó el pelo, arreglándose los cortos rizos castaños. Michael decía que con ese corte de pelo parecía un chico, y más teniendo ese cuerpo delgado de atleta.

Al otro lado de la puerta oyó voces furiosas y se puso tensa. ¿Qué demonios pasaba ahí fuera?

La puerta se abrió de golpe, y apareció Michael con su fino rostro encendido de ira.

—Este tipo dice que es amigo tuyo, ¿es cierto?

—Sí —se oyó decir a sí misma, sin dar credito.

Claro que si decía que no lo conocía Michael lo habría echado de allí y, para su sorpresa, Dylan se dio cuenta de que no quería que eso sucediese.

—¿Quién es? —demandó Michael furiosamente.

—Eso no es asunto suyo —respondió el otro hombre por ella.

Y pasó por delante de Michael, cerrándole la puerta en las narices con una arrogancia que a Dylan le cortó la respiración. Nunca había visto a nadie tratando así a Michael Carossi.

El extraño se quedó mirándola, y repentinamente a Dylan la habitación le pareció demasiado pequeña. Apenas podía respirar.

—Eres...—empezó a decir el hombre roncamente, entonces se detuvo y tragó saliva— ... preciosa.

—Gracias —dijo ella con la boca seca, forzando una sonrisa—. Pero en realidad no lo soy. Es una ilusión del escenario, el maquillaje y la ropa. En realidad soy muy corriente.

—¿Corriente? —repitió él—. ¿Es así como te sientes? ¿Con todo ese glamour del mundo artístico y la admiración de la gente? ¿De verdad crees que eres una chica corriente?

—¡Pero eso es lo que soy! Una chica corriente que da la casualidad que baila.

—Pero en algún momento habrás querido ser bailarina.

—Me sucedió. Empecé a ir a clase a los cuatro años. Fue idea de mi madre, no recuerdo haberlo deseado. Yo no tenía ni idea de cómo acabaría. Nadie te advierte de los interminables días de trabajo duro y agotador. No te hablan de los tirones de los músculos, de la agonía del dolor de pies y de espalda... —se interrumpió, sorprendida de lo que estaba diciendo y, temiendo que pudiese ser un periodista, se apresuró a decir—: ¿Pero quién eres? ¿Cómo has entrado aquí?

—Andando —respondió él tranquilamente.

—El portero debería haberte detenido.

—Estaba ocupado en el teléfono; no me vio.

Los ojos azules de Dylan absorbieron al extraño, empezando por su boca. Ancha, pasional, hermosamente moldeada, poseía un erótico poder que la estremeció. La simple idea de que la besase la mareaba.

Era muy alto. Dylan comprobó que apenas le llegaba por los hombros. Estaba intensamente bronceado, y en muy buena forma física. Un hombre delgado, con una buena musculatura bajo la camisa blanca. Esos pómulos angulosos y esa fuerte mandíbula hacían de él un hombre cautivador para cualquier mujer y amenazante para cualquier hombre.

—¿Cómo te llamas?

Él sonrió y a ella le palpitaron las sienes.

—Ross Jefferson. ¿Es Dylan Adams tu verdadero nombre?
Ella asintió con la cabeza.

—¿A qué te dedicas? No eres del mundo del teatro, ¿verdad?

—No —admitió él, haciendo una mueca—. Soy silvicultor...Trabajo en una explotación forestal, en el norte...todo coníferas, claro.

Ella suspiró aliviada. ¡Al menos no era un periodista buscando cotilleos!

—Estuve una vez de vacaciones en Noruega, con el colegio. Había bosques de abetos por todas partes.

Intentaba mantener una conversación amable, pero en su interior sentía algo muy diferente: una sensualidad completamente nueva para ella.

Había tenido novios en el pasado, pero su carrera siempre había estado antes que nadie. Excepto Michael, por supuesto. Se veían muchas horas al día, pero su relación no era sexual. Eran más que amigos, pero no amantes. Compañeros en el trabajo y fuera de él. Trabajaban juntos, comían juntos, pasaban el tiempo libre juntos. ¿Cómo podía haberse enamorado alguna vez? Michael no dejaba espacio para ningún otro hombre.

Justo en ese instante, Michael llamó a la puerta.

—¿Vienes Dylan? No voy a esperar mucho más. Estoy hambriento. ¡Vamos!

—¿Quieres cenar conmigo? —preguntó rápidamente Ross Jefferson.

—Siempre ceno con Michael después de la actuación.

Él la miró fijamente, con el rostro duro e inflexible.

—¿Sois amantes?

La pregunta fue tan directa que ella se ruborizó.

—No, sólo buenos amigos.

—¡Entonces cena conmigo esta noche! —la urgió Ross, acercándose a ella, pero sin tocarla—. Quiero conocerte. Sólo voy a estar en Londres una semana. Estoy de vacaciones y tengo que volver a trabajar el lunes que viene,